

SIGMUND FREUD (1924b [1923])

“Neurosis y psicosis”¹ (“Neurose und Psychose”)

(Traducción, presentación y notas de Juan Bauzá)

Presentación

Este texto se inscribe en la estela de la obra El yo y el ello publicada en 1923, y saca las consecuencias de la misma en la vertiente psicopatológica, en la que Freud aprovecha una actualización al respecto.

La tesis fundamental del mismo se refiere a la diferencia en la génesis de la neurosis y de la psicosis. Referida a la misma se formula la hipótesis de que la neurosis sería el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, mientras que la psicosis sería por su parte, la salida análoga de un trastorno equivalente en las relaciones entre el yo y el mundo exterior.

Juan Bauzá

En mi obra recientemente publicada, *El yo y el ello* (1923b), propuse una estructura del aparato anímico sobre cuya base pueden presentarse una serie de relaciones y procesos de manera simple y panorámica. En otros puntos, por ejemplo los referidos al origen y a la función del superyó, aún quedan muchas cosas que permanecen oscuras y sin una respuesta suficientemente satisfactoria. Pues bien, es lícito pedir que aquella hipotética división demuestre ser utilizable y fecunda también respecto de otras cosas aunque sólo fuera para ver bajo una concepción nueva lo ya familiar, agruparlo de otro modo y describirlo más convincentemente. Por otra parte, es probable que tal aplicación conllevara un provechoso retorno desde la gris teoría a la experiencia que reverdece eternamente².

¹ El texto original alemán que tomamos como referencia es el que se publicó en FREUD, S., *Studienausgabe*, vol III: “Neurose und Psychose”, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1975, pp. 331-337.

² [NT] Freud alude aquí al *Fausto* de Goethe, Acto I, escena 4, donde dice Mefistófeles:

“Gris es toda teoría, caro amigo,
y eternamente verde el árbol de la vida”.

Es asimismo interesante la carta que Freud escribió en francés para la revista *Le Disque vert*, 2 (3ª serie), junio de 1924. Este número especial de la revista de unas 200 págs. estaba dedicado a “Freud y el psicoanálisis” e incluía contribuciones de variable extensión de 36 autores distintos. A modo de introducción incluía esta breve carta de Freud fechada en Viena, 26 de febrero de 1924:

“Entre las numerosas enseñanzas que me prodigó en su tiempo (1885-86) el maestro Charcot en la Salpêtrière [véase la nota necrológica a Charcot de Freud (1893f)], dos me han hecho una profunda impresión: que uno nunca debe dejar de considerar siempre de nuevo los mismos fenómenos; ni preocuparse por la oposición más general si se ha trabajado de manera sincera.”

En la obra mencionada se describieron los múltiples dependencias y vasallajes del yo, su posición intermedia entre mundo exterior y ello, y su acusada tendencia a servir simultáneamente a todos sus amos. Ahora bien: en conexión con una ilación de pensamiento inspirada desde otro lado, y cuyo asunto era la génesis y prevención de las psicosis, se me ocurrió una fórmula simple, a partir de lo formulado en *El Yo y el Ello*, sobre lo que quizás es la diferencia genética más importante entre neurosis y psicosis: *La neurosis es el resultado de un conflicto entre el yo y su ello, en tanto que la psicosis es el desenlace análogo de una similar perturbación en los vínculos entre el yo y el mundo exterior (die Neurose sei der Erfolg eines Konflikts zwischen dem Ich und seinem Es, die Psychose aber der analoge Ausgang einer solchen Störung in den Beziehungen zwischen Ich und Aussenwelt).*

No conviene confiar demasiado en las soluciones simples de un problema complejo: advertencia justificada, sin duda. Pero nuestras mayores expectativas en este momento y sobre esta fórmula se limitan a que resulte groseramente correcta y que ciertos descubrimientos no la refuten y más bien la confirmen. Para nosotros eso ya sería algo para empezar y tratar de profundizar en el asunto. Y en efecto, podemos recordar por el momento toda una serie de intelecciones y descubrimientos que parecen corroborar nuestro enunciado. Según resulta de todos nuestros análisis, las neurosis de transferencia se generan porque el yo se niega a acoger y dar trámite, por ejemplo mediante una descarga motriz asociada a un acto, a una moción pulsional pujante en el ello, o a aceptar el objeto que tiene como meta, impugnándolo. En tales casos, el yo se defiende de aquella mediante el mecanismo de la represión; pero lo reprimido no queda neutralizado y se revuelve contra ese destino y, siguiendo caminos sobre los que el yo no tiene poder alguno, se procura una subrogación sustitutiva que se impone al yo por la vía del compromiso: es el síntoma, el yo encuentra que este intruso amenaza y menoscaba su unidad, prosigue entonces la lucha contra el síntoma tal como se había defendido de la moción pulsional originaria, y todo esto da como resultado el cuadro de la neurosis.

De nada valdría objetar que el yo, cuando emprende la represión, obedece en el fondo a los dictados de su superyó, dictados que, a su vez, tienen su origen en los influjos del mundo exterior real que han encontrado su subrogación [han encontrado una representación] en el superyó. En efecto, queda en pie que el yo se ha puesto del lado de esos poderes, cuyos reclamos poseen en él más fuerza que las exigencias pulsionales del ello, y que el yo es el poder que ejecuta la represión de aquel sector del ello, afianzándola mediante la contrainvestidura de la resistencia. El yo ha entrado en conflicto con el ello, al servicio del superyó y de la realidad; he ahí la descripción válida para todas las neurosis de transferencia.

Por el otro lado, igualmente fácil nos resulta tomar, de nuestra previa intelección del mecanismo de las psicosis, ejemplos referidos a la perturbación del nexo entre el yo y el mundo exterior. En la *amentia* de Meynert -la confusión alucinatoria aguda, acaso la forma más extrema e impresionante de psicosis-, el mundo exterior no es percibido de ningún modo, o bien su percepción carece de toda eficacia. Normalmente, el mundo exterior subyuga o se impone al ello por dos caminos: en primer lugar, por las percepciones actuales, de las que siempre es posible obtener nuevas, y, en segundo lugar, por el tesoro mnémico de percepciones anteriores que forman, como «mundo interior», un patrimonio y componente del yo. Ahora bien, en la *amentia* no sólo se

rehusa admitir nuevas percepciones; también se resta el valor psíquico (inversión) al mundo interior, que hasta entonces subrogaba al mundo exterior como su copia (*Abbilder*); el yo se crea, soberanamente [autoeróticamente] un nuevo mundo exterior e interior, y hay dos hechos indudables: que este nuevo mundo se edifica en el sentido de las mociones [incitaciones] de deseo del ello, y que el motivo de esta ruptura con el mundo exterior fue una grave frustración [denegación] (*Versagung*) de un deseo por parte de la realidad, una frustración que pareció insoportable [incompatible o inconciliable con cierta integridad de la vida psíquica]. Es inequívoco el estrecho parentesco entre esta psicosis y el sueño normal. Ahora bien, la condición del soñar es el estado del dormir, uno de cuyos caracteres es el extrañamiento pleno entre percepción y mundo exterior³.

Acerca de otras formas de psicosis, las esquizofrenias, se sabe que tienden a desembocar en la apatía afectiva, vale decir, la pérdida de toda participación en el mundo exterior, de todo comercio con él. En relación con la génesis de las formaciones delirantes [p. ej. en la paranoia], algunos análisis nos han enseñado que el delirio se presenta como un parche [remiendo superpuesto] (*ein aufgesetzter Fleck*) colocado en el lugar donde originariamente se produjo un agujero (*Einriss*) en el vínculo del yo con el mundo exterior. Si esta condición (el conflicto con el mundo exterior) no es mucho más patente de lo que ahora la discernimos, ello se fundamenta en que en el cuadro clínico de la psicosis los fenómenos del proceso patógeno a menudo están ocultos por los de un intento de curación o de reconstrucción, que se les superponen.

De todos modos, la etiología común para el estallido de una psiconeurosis o de una psicosis sigue siendo la frustración (*Versagung*), la falta de cumplimiento (*die Nichterfüllung*) de uno de aquellos deseos de la infancia, eternamente indómitos, que tan profundas raíces tienen en nuestra organización gobernada filogenéticamente. Esa frustración siempre es, en su último fundamento, una frustración externa; en el caso individual, puede partir de aquella instancia interna (dentro del superyó) que ha asumido la subrogación del reclamo de la realidad. Ahora bien, el efecto patógeno y la elección psicopatológica depende de lo que haga el yo en semejante tensión conflictiva: si permanece fiel a su vasallaje hacia el mundo exterior y procura sujetar al ello [lo que ocurre en el precario equilibrio de la neurosis], o si es avasallado [dominado] por el ello y así se deja arrancar de la realidad. Pero esta situación en apariencia simple se complica por la existencia del superyó, quien, en un enlace que aún no logramos penetrar, reúne en sí influjos del ello tanto como del mundo exterior y es, por así decir, un arquetipo ideal de aquello que es la meta de todo querer-alcanzar del yo: la reconciliación entre sus múltiples vasallajes. En todas las formas de enfermedad psíquica debería tomarse en cuenta la conducta del superyó, cosa que no se ha hecho todavía. Empero, podemos postular provisionalmente la existencia de afecciones en cuya base se encuentre un conflicto entre el yo y el superyó. El análisis nos da cierto derecho a suponer que la melancolía es un paradigma de este grupo, por lo cual reclamaríamos para esas perturbaciones el nombre de «psiconeurosis narcisistas». Y en verdad no desentonaría con nuestras impresiones que hallásemos motivos para separar de las otras psicosis estados como el de la melancolía. Pero entonces nos percatamos de que podríamos completar nuestra simple fórmula genética, sin desecharla. La neurosis

³ [NT] Para una ampliación de esta idea, véase Freud (1917d), “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”

de transferencia corresponde al conflicto entre el yo y el ello, la neurosis narcisista al conflicto entre el yo y el superyó, la psicosis al conflicto entre el yo y el mundo exterior. Es verdad que a primera vista no sabemos decir si hemos obtenido efectivamente intelecciones nuevas o sólo hemos enriquecido nuestro acervo de fórmulas. Pero yo opino que esta posibilidad de aplicación por fuerza nos dará coraje para seguir teniendo en vista la articulación propuesta del aparato anímico en un yo, un superyó y un ello.

La afirmación de que neurosis y psicosis son generadas por los conflictos del yo con las diversas instancias que lo gobiernan [a las que está sujeto y debe conciliar o satisfacer de algún modo], y por tanto corresponden a un malogro en la función del yo, quien, empero, muestra empeño por reconciliar entre sí todas esas exigencias diversas, exige otra elucidación que la completaría. Nos gustaría saber cuáles son las circunstancias y los medios con que el yo logra salir airoso, sin enfermar, de esos conflictos que indudablemente se producen constantemente y se presentan siempre. He ahí un nuevo campo de investigación. Sin duda que para dilucidarlo deberán convocarse los más diversos factores. Pero desde ahora pueden destacarse dos aspectos. Es indudable que el desenlace de tales situaciones dependerá de constelaciones [configuraciones de la estructura] económicas, de las magnitudes relativas de las aspiraciones en lucha recíproca. Y además: el yo tendrá la posibilidad de evitar la ruptura hacia cualquiera de los lados deformándose a sí mismo, consintiendo menoscabos a su unicidad y eventualmente segmentándose y partiéndose. Las inconsecuencias, rarezas o extravagancias y locuras de los hombres aparecerían así bajo una luz semejante a la de sus perversiones sexuales; en efecto: aceptándolas, ellos se ahorran represiones.

Para concluir, cabe apuntar un problema: ¿Cuál será el mecanismo, análogo a una represión, por cuyo intermedio el yo se desase del mundo exterior? Pienso que sin nuevas indagaciones no puede darse una respuesta, pero su contenido debería ser, como el de la represión, un débito de la investidura enviada por el yo.